

DINAMICA DEL DESARROLLO AGRICOLA DE MEXICO*

Por EDMUNDO FLORES

DESDE 1934 el producto nacional bruto de México ha aumentado a una tasa media anual de 6.2% y el producto agrícola, a una tasa de 5.4%. La agricultura se ha diversificado a tal grado, que hoy día México es virtualmente autosuficiente por lo que se refiere a alimentos y materias primas de origen biótico, con excepción de productos lácteos y grasas animales. El desarrollo del sector agrícola ha permitido, además, exportar cantidades cada vez mayores de algodón, café, verduras frescas y ganado. Así la agricultura ha contribuido a obtener divisas para el desarrollo industrial. Actualmente, México posee la economía agrícola más dinámica, diversificada y autosuficiente de América Latina.

Esto no significa, por supuesto, que México haya resuelto plenamente sus problemas agrícolas. Gran parte de la agricultura mexicana sigue siendo todavía, como lo ha sido tradicionalmente, una actividad desempeñada a un nivel técnico muy bajo, que exige grandes esfuerzos, que se halla plagada de riesgos y que rinde muy poco a la mayoría de los campesinos: el ingreso agrícola medio per cápita, es inferior aproximadamente 40% al ingreso industrial o urbano; el promedio de vida es más corto en el campo; el analfabetismo es mayor y las oportunidades de mejoramiento personal son menores. Sin embargo, no hay que olvidar que el enorme desarrollo industrial de las últimas décadas requirió altas tasas de formación de capital y que inevitablemente, la agricultura tuvo que ser la fuente más importante de capital para el desarrollo.

La Reforma Agraria

La clave para entender al México contemporáneo consiste en reconocer, primero, que el triunfo de la Revolución 1910-1917 impuso un nuevo orden social y, segundo, que ese nuevo orden carecía de una base económica adecuada. A partir de entonces, el objetivo fundamental de la política económica ha sido crear una estructura productiva compatible con los nuevos principios sociales y capaz de mantener y perpetuar un sistema político en el que los grupos más importantes de la población gocen de representación efectiva.

No es sorprendente que un pueblo de economía agraria atrasada, abrumado por la concentración de la propiedad de la tierra, por diferencias extremas en la distribución del ingreso y por el desperdicio de sus recursos, estuviera obsesionado con la idea de la reforma agraria. En tales condiciones, ¿qué otra solución inmediata podía buscarse? Tal vez esto explique por qué la reforma agraria fue el arma fundamental en que confió la Revolución Mexicana para lograr la libertad económica y la igualdad social.

Pero, además, la Revolución tuvo otro efecto que en sus etapas iniciales fue advertido por pocos mexicanos: abrió el país a arrolladoras fuerzas de innovación. México se sacudió la inercia de la Colonia para entrar en la corriente cosmopolita del siglo XX.

Sin quererlo, los requisitos de la revolución industrial se habían cumplido. Las barreras que impedían el crecimiento económico fueron demolidas. En las nuevas condiciones el progreso tecnológico se hizo imperativo para sobrevivir. Pese a las limitaciones de la política oficial e independientemente de la estrechez y candor de sus postulados iniciales, sus efectos llegaron a los lugares más remotos del país y gestaron múltiples reconsideraciones que en forma gradual ampliaron el ámbito de la política económica y le dieron mayor congruencia.

La reforma agraria llevó al país a la situación que Toynbee llamó de reto y respuesta. El surgimiento subsecuente del México moderno es consecuencia de una reacción positiva a esta prueba crítica. El desmembramiento del sistema latifundista liberó la multitud de fuerzas complejas a las que México debe su desarrollo. La destrucción de la fuente principal del poder y del ingreso de la oligarquía terrateniente emancipó a los campesinos, dio a la población rural movilidad vertical y horizontal, eliminó el sistema de castas y, por primera vez en nuestra historia, hizo posible que el mexicano común y corriente pudiera aspirar al mejoramiento individual y a lograr un futuro mejor para sus hijos. Una nueva estructura del poder sustituyó a la antigua. Los dirigentes de esta revolución verdadera e irreversible —Zapata, Calles, Obregón, Cárdenas— mostraron un apasionado interés por el pueblo y por la nación. Estos extraordinarios cambios crearon condiciones favorables para lograr una estabilidad política sin precedente y para iniciar un rápido proceso de desarrollo económico y un emocionante renacimiento cultural. A su vez, estos cambios nutrieron el nacionalismo cohesivo, petulante y emprendedor sin el cual probablemente hubiera fallado el enorme esfuerzo colectivo necesario para consolidar la revolución.

A medida que la tierra empezó a ser distribuida masivamente se hizo imperativo aumentar la productividad agrícola, diversificar e industrializar. Primero se emprendieron las obras de riego y de construcción de caminos que fueron seguidas por la expansión urbana. De este modo se generó una enorme demanda de cemento, hierro y otros productos de la industria de la construcción. Esto reforzó el aumento de la tasa de formación de capital ya que, según el destacado teórico del desarrollo Arthur Lewis: "La expansión del capital es función de la tasa a la que pueden expandirse las industrias de la edificación y de la construcción".¹ De este modo la economía mexicana entró a la etapa de la revolución industrial.

Desde 1915 hasta la fecha se han distribuido 52.2 millones de hectáreas de tierra de todas clases (más del 50% de toda la tierra productiva del país) entre 2.2 millones de campesinos. El tamaño medio del ejido es de 23 hectáreas, pero considerando las tremendas variaciones regionales características del país, este promedio carece de sentido. En la actualidad hay 18 mil ejidos, de los cuales aproximadamente 4 mil se trabajan en forma colectiva y producen algodón, caña de azúcar, arroz y henequén. Los 14 mil restantes son trabajados en forma individual.

* Texto de la conferencia sustentada por el autor, el día 7 del presente octubre, en el Instituto de Estudios Económicos, Políticos y Sociales del Partido Revolucionario Institucional, dentro del ciclo dedicado a temas agropecuarios.

¹ Véase W. Arthur Lewis, "Teoría del desarrollo económico", México, 1950, p. 227.

Para compensar a los terratenientes afectados el gobierno emitió bonos, pero sólo se indemnizó aproximadamente el 0.5% del valor total de la tierra expropiada. Aun en el caso de la tierra que era propiedad de extranjeros (40 millones de hectáreas), la compensación no fue pagada de acuerdo con el principio rígido del pago "arrecuado, pronto y efectivo" que exigía el Departamento de Estado de Estados Unidos. En vez de ello el pago fue sujeto a prolongadas negociaciones que culminaron en un acuerdo entre los gobiernos de México y de Estados Unidos, mediante el cual el pago fue ajustado a la capacidad financiera del país expropiador y se extendió durante un período considerable. En esta forma se estableció un precedente que puede ser de gran importancia para el éxito de las futuras reformas agrarias de otros países latinoamericanos.

La reforma agraria también creó aproximadamente 40,000

pequeñas propiedades con un tamaño medio de entre 100 y 250 hectáreas. Estas unidades ocupan una extensión de alrededor de 7.5 millones de hectáreas de las mejores tierras. Existen además un millón de unidades en propiedad privada de tamaño menor y, por último, quedan aún alrededor de 500 grandes haciendas cuya extensión oscila entre las 50 y las 150 mil hectáreas. Por lo general estas haciendas están ubicadas en regiones remotas, semidesérticas o tropicales, o bien pertenecen a políticos influyentes.

Actualmente el ingreso agrícola asciende a 20% del ingreso total. Aunque el ingreso agrícola ha aumentado en términos absolutos durante los últimos 30 años, otros sectores de la economía han crecido aún más rápidamente. Pese a que la economía ha experimentado profundos cambios estructurales (Cuadro 1), la contribución relativa de la agricultura al producto nacional ha permanecido constante.

Cuadro 1
CAMBIOS ESTRUCTURALES DE LA ECONOMIA MEXICANA

	Producto Neto Interno (Millones de pesos en los precios en 1961)				Fuerza de Trabajo (Miles de hombres)			
	1934		1961		1930		1961	
	Valor	%	Valor	%	Cantidad	%	Cantidad	%
Total	22 417	100	126 648	100	5 166	100	12 226	100
Agricultura, ganadería y bosques	4 439	20	25 710	20	3 626	70	6 520	53
Minería	2 847	13	2 660	2	49	1	70	1
Petróleo	762	3	6 332	5	7	—	50	—
Manufacturas	3 071	14	32 422	26	570	11	1 541	13
Comercio	4 954	22	28 343	21	274	5	1 124	9
Transportes y comunicaciones	941	4	6 459	5	107	2	437	4
Servicios y otras actividades que incluyen la construcción y generación de energía eléctrica	5 403	24	26 722	21	533	11	2 484	20

FUENTE: Nacional Financiera, S. A.

Desde 1930, la producción agrícola total aumentó 3.5 veces. La producción algodonera subió 17 veces; la de café 8 veces; la de frijol 6 veces; la de tomate y trigo 4 veces; la de caña de azúcar 3 veces y la producción de maíz se duplicó. Estos aumentos fueron posibles gracias al efecto combinado y acumulativo de muchas innovaciones: el riego de 2.6 millones de Has.; el aumento del área cultivada como resultado de la accesibilidad proporcionada por una nueva red de caminos de cerca de 60 mil kilómetros de largo; y los aumentos en productividad por hectárea debidos al uso de maquinaria agrícola (70 mil tractores) y a la introducción y rápida difusión de semillas mejoradas, fertilizantes, insecticidas y fungicidas.

La Comisión Nacional de Irrigación fue fundada en 1926. A partir de entonces, la inversión total del gobierno en obras de riego hasta 1961 ascendió a 10.4 mil millones de pesos (835 millones de dólares). Hasta el fin de la década de los años 40, las obras de riego se hicieron a base de financiamiento deficitario. El área cosechada en los distritos de riego en 1961-62 fue 2.29 millones de Has., es decir, 21 por ciento del área cosechada total. De ésta, 26 por ciento fue sembrada de algodón; 17 por ciento de trigo, y 13 por ciento de maíz; una extensión considerable del área restante fue sembrada de arroz y sorgo.

Cuadro 2
EXPORTACIONES AGRICOLAS
(Millones de dólares)

	1957	1958	1959	1960	1961	1962	1963
Total	360.1	407.9	402.8	424.1	434.5	494.5	464.7
Algodón	173.5	193.8	202.6	160.1	162.9	221.3	195.6
Café	108.8	79.2	62.6	71.7	71.7	71.3	49.1
Jitomates	10.6	22.7	23.8	25.5	14.1	20.1	24.5
Ganado y carne	22.9	53.6	47.9	42.8	57.9	74.9	70.4
Azúcar	10.9	17.1	14.8	52.9	68.7	43.4	59.6
Alimentos	12.3	13.3	14.7	18.3	22.2	22.8	24.5
Otros	21.1	28.2	36.4	52.8	37.0	40.7	41.0

FUENTE: Nacional Financiera, S. A.

La Productividad

La productividad ha aumentado continuamente. Por ejemplo, veamos el trigo. El rendimiento medio nacional por hectárea aumentó 140% en 1925-29 y 1960-62. En 1925, fueron sembradas 455,050 Has.; en 1960, 839,814 Has. o sea un aumento de 85 por ciento. La producción total media anual en 1925-29 fue de 368,150 toneladas; mientras en 1956-60 este promedio subió a 1,391,170 toneladas. Hace cinco años México dejó de importar trigo. En 1963 y 1964 se convirtió en exportador.

El Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas de la Secretaría de Agricultura, en cooperación con la Fundación Rockefeller, ha fundado varias estaciones experimentales para desarrollar y probar nuevas variedades de semillas y para fomentar la industria pecuaria, por medio de postas zootécnicas, de la mejora de pastos, de la investigación en la nutrición animal y en la importación de sementales de cría. Al mismo tiempo, es necesario señalar que han fracasado diversos intentos de establecer un servicio de extensión agrícola inspirado en el "modelo" norteamericano. Antes de que otros países logren establecer con éxito un sistema de extensión agrícola será necesario reevaluar cuidadosamente la experiencia norteamericana y los intentos mexicanos.

Las exportaciones agrícolas también han mostrado una tendencia al ascenso. Desde 1960, la exportación de azúcar ha aumentado notablemente debido a que Cuba se ausentó del mercado. La exportación agrícola total aumentó 27.2 por ciento desde 1957.

Población y Ocupación

Entre 1910 y 1960 la población aumentó de 15.1 millones a 34.6 millones, o sea un aumento absoluto de 19.4 millones y un ascenso relativo de 129%. La tasa anual de crecimiento para todo el período fue de 2.6%; pero considerada por decenios, muestra un ritmo acelerado: en el decenio 1930-1940 fue de 1.7% anual; en 1940-1950, de 2.8% anual, y en 1950-1960, de 3% anual. Estimaciones recientes para el período 1960-1964 dan una tasa anual de 3.4%. Se calcula que en 1980 la población será de 60-65 millones. Es probable que las tasas de crecimiento demográfico sigan aumentando durante el resto de la década presente y que comiencen a declinar lentamente en la década próxima. Su disminución eventual será debida a nuevas actitudes y a nuevos patrones de conducta derivados del aumento del ingreso, de la educación y de la urbanización. Sin tales prerrequisitos la política de control de la natalidad no será efectiva, suponiendo que no haya cambios radicales en las técnicas de dicho control.

En 1910, el 77.7% de la población era rural, o sea que habitaba en comunidades o centros poblados de menos de 2 mil 500 habitantes. En 1960 el por ciento de la población rural se redujo al 54.5, en tanto que, inversamente, la población urbana aumentó del 22.3% en 1910 al 45.5% en 1960. México ha experimentado durante las últimas décadas un intenso proceso de urbanización. La Revolución y la reforma agraria obligaron a mucha gente a abandonar el campo y a buscar refugio en la ciudad de México y en las otras ciudades del país, sin contar con los que se fueron a Estados Unidos. Tal fue el primer paso de un éxodo creciente del campo a la ciudad. La población de la ciudad de México aumentó de 368 mil habitantes en 1900, a más de 5.5 millones en la actualidad.

Antes de la reforma agraria, 90 por ciento de la fuerza de trabajo se dedicaba a la agricultura; este por ciento disminuyó a 70 en 1930 y a 54 en 1960. Independientemente de lo alentadora que parezca, esta disminución no nos ofrece una visión plena de lo acontecido. En 1930, solamente 3.6 millones de trabajadores se dedicaban a la agricultura, en tanto que en 1960 el número de éstos subió a 5.9 millones, es decir que se produjo un aumento neto de 1.3 millones de trabajadores, o sea 63 por ciento más que el total de 1930.

A pesar de su rápida expansión y del surgimiento simultáneo de un sector industrial que crece aceleradamente y que comprende ya cerca del 25 por ciento de la fuerza de trabajo, la agricultura continúa congestionada y es víctima de una alarmante desocupación y subocupación. Más de un millón de familias subsisten a base de una agricultura primitiva y trabajan, en promedio, 4 o a lo sumo 5 meses por año, lo que equivale a 150 jornadas. Estas familias viven en la miseria, con un ingreso medio de menos de 1,200 pesos al año. Du-

rante la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente 2 millones de trabajadores mexicanos emigraron temporalmente a Estados Unidos para trabajar en la agricultura y los ferrocarriles. Pese a lo elevado de este número, la producción agrícola de México aumentó durante su ausencia. Lo anterior sugiere que la productividad marginal del campesino mexicano es muy baja. Las mejoras en la técnica agrícola que están siendo difundidas rápidamente no aliviarán al desempleo rural porque en su mayoría tienen la característica de ahorrar mano de obra.

El notable desarrollo agrícola logrado hasta ahora y el crecimiento y diversificación previsible en el futuro cercano aseguran que México dispondrá de una oferta creciente de alimentos y de materias primas que será suficiente para satisfacer el consumo interno y la exportación. Este vaticinio supone aumentos sustanciales del gasto público en investigación agrícola y en la capacitación de personal técnico a diferentes niveles, lo mismo que el mejoramiento de las técnicas de extensión agrícola y la continuación de la política de riegos, de electrificación y mecanización. Dado que todas estas medidas forman parte de la política actual, parece razonable anticipar que durante la presente década, la disponibilidad (oferta) de alimentos dejará de actuar como un factor que frene el desarrollo general.

Si proyectamos el crecimiento futuro de la demanda interna suponiendo un crecimiento del producto bruto de 6% anual en 1966-70 y de 7% anual en 71-75; y suponemos, a la vez, la tasa actual de crecimiento de la población de 3.6 anual para todo el período, el producto bruto por habitante crecerá a un ritmo de 2.3% anual en 1966-70 y de 3.3% en 1971-75.

Las tasas de crecimiento de la demanda de algunos productos bajo los supuestos anteriores en el período 1964-1975 serán aproximadamente:

Productos	Tasa de crecimiento anual (%) en 1964-75	
	De la demanda interna total	De la demanda por habitante
Carnes y frutas	5.1	1.5
Café	4.8	1.2
Azúcar	4.8	1.2
Verduras	4.7	1.1
Cereales	4.5	1.0

La proyección certera de la demanda externa tendría que considerar, por una parte, las favorables perspectivas que presentan los mercados de verduras y frutas de Estados Unidos y Canadá y, por otra, el probable deterioro de los mercados tradicionales de algodón, café, azúcar y henequén. La demanda externa de productos agropecuarios ascendió aproximadamente a 10% de la demanda global en 1950 y a 13% en 1960. Aumentar este porcentaje en 1970 a alrededor del 15% exigiría un desplazamiento de la utilización de la tierra en favor de la producción de aquellos bienes de exportación que tienen una elasticidad-ingreso y una elasticidad-precio favorables.

Es bastante probable que aumenten la demanda global y los precios de las frutas, de las verduras y del ganado bovino. En el caso de los dos primeros esto se deberá en parte a la política norteamericana de sustituir a los braceros mexicanos con mano de obra norteamericana que resulta más cara y menos eficaz. Esto puede permitir a México capturar una fracción creciente y muy lucrativa del mercado de verduras y frutas de Estados Unidos y Canadá. Tal posibilidad merece detenida consideración, además, porque la producción de frutas y verduras requiere cuantiosos insumos de mano de obra.

La exportación de ganado bovino también será favorecida por altas elasticidades, ingresos y precio. Por tanto, la producción intensiva, moderna y racional de bovinos y su exportación deben ser objeto de vigoroso fomento y de adecuada planeación.

En resumen, la transformación de la tenencia de la tierra ha sido espectacular y el aumento de la producción agrícola ha sido el mayor registrado en América Latina en los últimos 30 años. Sin embargo, el nivel de vida de la mayoría de los campesinos es todavía muy bajo. Antes de la reforma existían 8 mil 400 grandes haciendas y 48 mil 600 propiedades de tamaño menor, haciendo un gran total de 57 mil propiedades; actualmente existen 2.7 millones de unidades. La mi-

tad de la tierra productiva fue adjudicada a 2.2 millones de ejidatarios; la otra mitad pertenece aproximadamente a 1.4 millones de propiedades individuales. Esto significa que la redistribución de la tierra pronto tocará a su fin. Se estima que restan alrededor de 10 millones de Has. por distribuir. Suponiendo que el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización acatará el Código Agrario y distribuyera tierras rápidamente sólo podría beneficiar a lo sumo a medio millón de jefes de familia. De todos modos quedarían sus tierras más de dos millones. Si pensamos en términos de la década venidera entonces tendremos más de 4 millones. Esto indica claramente que *México necesita pensar en otras soluciones además del reparto continuado de tierras y de la reorganización de nuestra economía agrícola.*

Para lograr niveles más altos de eficiencia, de productividad, de ingreso y de bienestar en el sector rural, *será necesario reducir la fuerza de trabajo agrícola aproximadamente en 30% del total actual durante los próximos 10 años.* Esto significa que, independientemente de la política que siga el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización en la dotación y apertura de nuevas tierras, *más de tres millones de campesinos tendrán que dejar la agricultura, o la miseria del desempleo rural, para trabajar en actividades urbano-industriales.*

La estrategia fundamental del desarrollo futuro del país consiste, pues, en hallar un balance entre la inversión agrícola y la inversión industrial que permita elevar al máximo la tasa global de desarrollo para que la economía funcione a niveles cercanos a la ocupación plena. Sólo esto hará posible aliviar el desempleo rural y el urbano, aumentar a tasas muy altas el producto nacional y hacer más equitativa la distribución del ingreso. Esta solución no es fácil puesto que actualmente entre el 20 y el 30% de la fuerza de trabajo está subocupada o francamente desocupada. Por vía de ilustración cabe recordar que el nivel de desocupación de Estados Unidos durante la Gran Depresión que empezó en 1929 era similar al que padecemos actualmente.

COMENTARIO

POLITICA AGRARIA DE LA REVOLUCION MEXICANA*

Por RAMÓN BETETA

LA brillante y sistemática disertación del distinguido economista Edmundo Flores, que acabamos de escuchar, ha dejado en mi ánimo, y estoy seguro de que igualmente en el de ustedes, una profunda y precisa convicción: que el desarrollo de nuestra economía agrícola está siendo extraordinario. No se trata, por tanto, de una afirmación basada en un sentimiento patriótico y por ello optimista, sino de un hecho comprobable con datos concretos.

No deja de ser interesante observar, que mientras el progreso industrial de México es ya aceptado dentro y fuera del país sin reticencias, en cambio la transformación que ha sufrido nuestra agricultura y su progreso suelen minimizarse y hasta negarse por razones de pasión política o de simple ignorancia, olvidando, incluso, que el alto grado de industrialización que México ha alcanzado ha sido posible sólo gracias a —y en un cierto modo a costillas de— la agricultura.

No voy a cansar a ustedes, naturalmente, repitiendo los argumentos, datos y cifras que el economista Flores nos ha suministrado tan cuidadosa como metódicamente; pero sí deseo subrayar algunas de sus afirmaciones. Desde luego, la de que nuestra agricultura se ha diversificado y que a este respecto el país se ha vuelto prácticamente autosuficiente,

Hoy, más que nunca, la política agrícola está inextricablemente ligada a la política fiscal, industrial y educativa; es decir, a la política de desarrollo general. La industria se ha diversificado y ha comenzado a producir un torrente de bienes de bajo precio. Puesto que México no puede aspirar realisticallyamente a hallar en el futuro inmediato mercados para exportar el grueso de esta corriente de bienes en continuo aumento —bienes que, con frecuencia, todavía no están perfectamente acabados— la única salida de que dispone es el mercado interno. Esto significa que el desarrollo futuro de la industria depende en gran medida de la creación de un vasto mercado nacional. A su vez, este mercado no alcanzará la magnitud necesaria a menos que se llegue a la ocupación plena o a un nivel próximo a ésta lo mismo en la agricultura que en la industria. Pero como la ocupación plena requiere muy altas tasas de inversión, México tendrá que recurrir a una política fiscal progresiva y a créditos externos a largo plazo para importar equipo de capital.

En el caso del crédito externo la posición internacional de México es excelente. Paradójicamente, el éxito de la política económica de la Revolución, le permite a México adoptar hoy día actitudes más convencionales. Dentro del fermento y la incertidumbre actuales, la estabilidad y el rápido crecimiento de México proporcionan garantías poco usuales.

Claramente, los problemas económicos y sociales a los que hoy se enfrenta México, son más complejos que los del pasado. Su diagnóstico requiere una aguda percepción y un claro entendimiento de la dinámica del crecimiento del país. Su solución exigirá el apoyo decidido al principio de la autodeterminación —una gran habilidad política a varios niveles y un esfuerzo colectivo mayor aún que cualquiera que se haya hecho en el pasado. Pero la recompensa será también singular, porque existe una gran probabilidad de que México se convierta en el primer país mestizo de América que logre edificar una sociedad moderna, independiente y democrática parecida a la que el economista sueco Gunnar Myrdal, ha llamado el Estado de Bienestar.

porque es este un hecho que para mí en lo personal no puede dejar de impresionarme, ya que me recuerda que hace relativamente pocos años —¡por lo menos a mí se me figura que fueron pocos!— cuando me hice cargo de la Secretaría de Hacienda, todavía importaba México muchos de sus alimentos, aun aquellos básicos como el maíz, el trigo, el frijol y el azúcar. Ya han escuchado ustedes hasta qué punto ha variado esta situación. Ahora no solamente está ya satisfecha la demanda interior de dichos productos, sino que, además, algunos de ellos constituyen renglones muy importantes de nuestra exportación, y junto con otros cuya producción se ha incrementado notablemente, como el algodón, el café y las verduras han contribuido en forma definitiva a la industrialización del país ya que le han suministrado las divisas indispensables para pagar por el equipo, la maquinaria y las materias primas que aún es necesario importar.

En resumen, como lo afirma el conferencista: “Actualmente México posee la economía agrícola más dinámica, diversificada y autosuficiente de la América Latina”.

Al subrayar esta afirmación se ocurre la pregunta, ¿se trata de un mero accidente, de un hecho fortuito? ¿Será simplemente que México ha tenido más suerte que las otras repúblicas iberoamericanas? ¿Estará mejor dotado por la naturaleza, con mayores y más caudalosos ríos: tendrá un “cielo” bueno para la agricultura, serán más amplias y extensas sus planicies cultivables? ¡De ninguna manera! Por el contrario, se ha desechado ya la vieja conseja de que nuestro país es riquísimo en sus recursos naturales agrícolas. Se

* Este comentario a la conferencia del Dr. Edmundo Flores es el escrito póstumo del Lic. Beteta. Debió ser leído por su autor la tarde del 7 de octubre, día de su fallecimiento. El Banco Nacional de Comercio Exterior deplora el deceso del exsecretario de Hacienda y Crédito Público de México.

pensaba tan sólo en la extensión de su territorio y en el número de sus habitantes, y se suponía que el margen era amplísimo. Un sentimiento patriótico hacia que se nos enseñara de niños que México "era el cuerno de la abundancia". no sólo por su forma, sino como un hecho verdadero. Sin embargo, no es así. La falta en unos casos y la irregularidad, en otros, de las lluvias, la extensión de sus enormes desiertos la naturaleza montañosa de su territorio, entre otros factores, reducen las posibilidades de la tierra cultivable en México a un porcentaje pequeño.

No, la situación agrícola de nuestro país se debe a un hecho social: a la Revolución Mexicana, y dentro de ella, concretamente, a la Reforma Agraria. Es ésta una afirmación que he hecho tantas veces, por tantos años, dentro y fuera del país, ante públicos escépticos cuando no abiertamente hostiles, que ahora, al proclamarlo ante ustedes, me da un placer especial porque lo hago en este recinto, el de nuestro Partido, el Partido Revolucionario Institucional, cuyo nombre mismo lleva la obligación de mantener vivo el espíritu revolucionario y llevar el movimiento social de México a sus consecuencias lógicas.

¿Cómo un movimiento destructivo, como se supone que son todas las revoluciones, puede habernos llevado a la situación actual? El conferencista nos ha explicado el mecanismo en sus dos aspectos: el destructivo y el constructivo. Nos ha hecho ver cómo la Reforma Agraria transformó la estructura económica colonial, anacrónica, ineficaz, injusta; cómo permitió el movimiento de nuestra población de uno a otro confin del territorio; cómo la redistribución de la tierra al ser puesta en manos de los campesinos los liberó del peonaje asentando las bases de la revolución industrial, del nacionalismo y de la estabilidad política. En el aspecto positivo, nos ha explicado cómo los gobiernos revolucionarios se han empeñado en combatir los obstáculos que la naturaleza ha puesto a nuestra agricultura; la falta de agua y la dificultad en las comunicaciones, principalmente. Las obras de riego realizadas por los gobiernos emanados de la Revolución han vuelto productivas millones de hectáreas en el año de 1962, por ejemplo, 2,229,000 hectáreas fueron cosechadas en los distritos de riego, el 21% del área total cosechada en el país. Por su parte, los 60,000 kilómetros de carreteras y los nuevos ferrocarriles han promovido el desarrollo agrícola poniendo en contacto los centros de producción con los mercados, tanto interiores, como exteriores. Estas obras públicas son de tal magnitud que de ellas puede estar orgulloso cualquier país, aun alguno que tuviese más recursos económicos y técnicos que el nuestro. Pero su magnitud no es lo único importante. El aspecto constructivo de la Revolución debe entenderse como es: como el complemento indispensable de la repartición de las tierras, y por ello no hay que confundirlo con obras del tipo porfirista, como maliciosamente se ha pretendido alguna vez, porque las de ahora están basadas en el propósito de completar la Reforma Agraria, la cual no sólo consiste en dar al campesino la tierra, sino también y fundamentalmente, la posibilidad real y efectiva de su mejoramiento económico y cultural y, como consecuencia de éste, su efectiva participación en la vida pública del país; por eso se ha dicho, y dicho con razón, que la Reforma Agraria ha hecho que el indio mexicano deje de ser extranjero en su propia patria.

¿En qué medida se ha conseguido este propósito? Ya hemos dicho que la situación de nuestra agricultura es mejor ahora de lo que ha sido nunca, ¿pero la situación económica del agricultor ha mejorado en la misma proporción?

Permítaseme analizar con la misma franqueza y con el mismo espíritu de autocrítica con que lo hizo el compañero Flores, esta cuestión vital. El conferencista nos ha dicho: "Gran parte de la agricultura mexicana rinde muy poco a la mayoría de los campesinos: el ingreso agrícola medio per cápita es inferior aproximadamente al 40% del ingreso industrial urbano; el promedio de vida es más corto en el campo; el analfabetismo es mayor y las oportunidades de mejoramiento personal son menores."

El hecho es cierto, trágicamente cierto, y merece ser examinado en sus varios aspectos, ¿cómo es posible que una agricultura próspera no signifique un mejoramiento proporcional de quienes a ella se dedican? Varias son las causas. He aquí algunas de ellas. Más de un millón de campesinos —nos dice el conferencista— viven en condiciones de desempleo o de subempleo; es decir, trabajan sólo una parte del año, tres o cuatro meses solamente. Y yo pregunto: ¿qué industria conocen ustedes, señores, que no estuviera ya en

más completa bancarrota si trabajara tres o cuatro meses en el año? ¿De qué obrero saben ustedes que no viva en la miseria si está empleado solamente la cuarta parte de su tiempo laborable? ¿Cómo puede este tipo de campesino, cuyo ingreso se calcula en 1,250 pesos anuales mantener a su familia durante esos 365 días? He aquí la explicación de la miseria, o por lo menos una parte de la respuesta.

Vive en el agro mexicano una población mayor de la que éste puede sostener en las condiciones técnicas actuales. Hay países, como Estados Unidos, en donde un pequeño porcentaje de su población activa alimenta a todo el país y aún le suministra enormes excedentes de exportación. En México, el 54.5% de la población vive de la agricultura y aunque este porcentaje ha disminuído en número con respecto a años anteriores, la situación sigue siendo impresionante. Así en 1930 —repite los datos del economista Flores— 3,600,000 se dedicaban a la agricultura; en 1960, 5,900,000 trabajan como ya lo dije antes, sólo una parte de su tiempo productivo. Esto ha ocasionado un hecho verdaderamente insólito que me ha hecho verdadera impresión. Cuando los trabajadores mexicanos durante la Segunda Guerra Mundial emigraron temporalmente en grandes números —casi 2,000,000 de hombres— a Estados Unidos, la producción agrícola de México aumentó durante ese período. ¡Sí, señores, aumentó! Con menos gente, se produjo más.

Que la situación no es general es también muy cierto, y yo soy el primero en reconocerlo. Sin embargo, el viajero que recorre nuestra patria no puede dejar de sentirse impresionado por el bajo nivel de vida de muchos de nuestros campesinos y cuando se trata de un visitante extranjero suele contarlo y aun exagerarlo al escribir su inevitable libro sobre México. En estos casos nosotros solemos ofendernos, acaso porque estamos acostumbrados a ver cómo vive nuestro pueblo y lo tomamos por concedido, como algo normal. Pero hay un viajero, un viajero muy especial que también recorre nuestro país y que más que ofendido se siente profundamente herido por esta situación. Lo conocemos muy bien aquí, en el Partido Revolucionario Institucional. Cada seis años el candidato presidencial de nuestro partido, en su campaña política electoral, recorre prácticamente toda la nación y el espectáculo de la pobreza campesina hace sentir sobre él un enorme impacto. De ahí que, invariablemente, se haga el más firme propósito de remediar la situación. Y así, cada uno de estos candidatos, al llegar a la presidencia, hace un esfuerzo que todos conocemos y reconocemos y que explica el auge de la agricultura de que hemos venido hablando. Por ello aquí me tomo la libertad de señalar una pequeña omisión que creo que cometió el doctor Flores. El menciona a un líder agrario y a varios presidentes, de quienes dice que: "mostraron un apasionado interés". Creo que su enumeración es incompleta, y que, sin deseo de lisonja ni de adulación, puedo decir que, por el contrario, todos nuestros presidentes revolucionarios desde Calles y Obregón hasta López Mateos y Díaz Ordaz, han demostrado un ferviente interés en esta materia y que cada uno ha hecho o está haciendo su parte. Es esto lo que le ha dado continuidad a la Reforma Agraria.

Al mismo tiempo —y sigo con la venia de ustedes haciendo autocrítica— piensa uno que pasada la campaña política y ante los innumerables problemas de todo orden que día a día y sin interrupción confronta el gobierno, se gasta un poco, por así decirlo, la emoción original y aunque sería injusto afirmar que la administración se olvida del campesino, no es exagerado tampoco decir que el campesino deja, periódicamente, de ser el centro de mayor interés en la política y en la economía del país.

Quiero mencionar un hecho que acaso ayude a aclarar mi idea respecto del estado de ánimo en que solemos caer gobierno y ciudadanos al respecto. Hablamos continuamente del problema de la vivienda que es gravísimo en la ciudad de México y en otras muchas de la República, pero sabemos de millones y hasta miles de millones de pesos que se han venido empleando para ir resolviendo esta situación con financiamiento nacional y hasta extranjero. Numerosos organismos oficiales encargados de construir casas populares lo han venido haciendo, y últimamente, con buen juicio, están coordinando sus esfuerzos. ¡Todo eso está muy bien! Gracias a ello han surgido, como por obra de encantamiento, multifamiliares impresionantes. Colonias enteras, que eran vergüenza de la ciudad de México, han sido trasladadas a otras nuevas y ahora cuentan con las comodidades higiénicas indispensables. Se construyen otros centros urbanos que son alarde de audacia arquitectónica, de belleza y de técnica urbanística.

Mostramos al visitante extranjero con orgullo la ciudad de México, Monterrey, Guadalajara y muchas otras. Pero, ¿qué proyecto de importancia nacional, comparable a los que he venido mencionando, conocen ustedes para mejorar la habitación del campesino, para acabar con el jacal en que viven en promiscuidad seres humanos y animales, apenas protegidos contra la intemperie? Acaso, insisto, es porque estamos acostumbrados y hasta algunos de nosotros, ciudadanos, solemos emocionarnos cuando, en la tibia comodidad de nuestros hogares, oímos en la televisión o en la radio, canciones populares y, dejando volar nuestra fantasía, imaginamos que el jacal indígena es un lugar romántico, lleno de flores —“una casita chiquita más abajo del tragal”, en donde se nos figura que sólo falta al joven campesino para ser feliz, la “mujer bonita que habrá de acompañarlo”. Y se nos olvida que ese jacal es un pequeño cuarto cuyo suelo es de tierra apisonada; que sus paredes, que con frecuencia carecen de ventanas, no es raro que estén hechas de carrizo cubierto de lodo; que el techo es de paja, o de hojas de palmera; que dentro del jacal la mujer, hincada frente al metate, muele el nixtamal y echa las tortillas, enrojecidos los ojos por el humo que sale por debajo del cercano comal, no pocas veces en la amistosa pero no siempre bien oliente compañía de marranos, perros y gallinas.

No es sólo el exceso de población la causa de nuestros males. Hay otra fundamental. Nos dice el economista Flores: la agricultura rinde poco. Pero, ¿a quién y por qué? No ciertamente a quien compra la cosecha, ni a quien la transporta, ni al banco particular, o al comerciante que le da crédito, ni al industrial que utiliza sus productos como materia prima. A quien rinde poco es al campesino.

El porqué nos lo aclara también el doctor Flores: “Gran parte de la agricultura mexicana sigue siendo una actividad desempeñada a nivel técnico muy bajo”. Y en otra parte, nos asegura que con frecuencia debemos vender al extranjero con pérdida porque nuestros costos son inferiores a los de otros países. En otras palabras, la falta de maquinaria, de la utilización de fertilizantes, de la rotación de cultivos, de la selección de semillas, del conocimiento adecuado, de las condiciones climatológicas, del combate de plagas; en resumen, la falta de una técnica agrícola adecuada.

No en todas partes la técnica del país es mala, ni la producción escasa, ni la vida miserable. Hay, por fortuna, regiones, algunas muy amplias e importantes y relativamente nuevas, en donde no es así. Pienso en Sonora, en Sinaloa, en Matamoros, en algunas regiones de Michoacán, en otras de Tepic, en varias más en donde se ha podido superar tanto el nivel técnico como algunos de los riesgos inherentes a la agricultura que, como resultado de ello, se ha incrementado la producción y, lo que es más importante, desde el punto de vista revolucionario, se ha elevado de un modo efectivo el nivel de vida de los campesinos.

Hay, desde luego, otras causas que afectan la situación agrícola, entre ellas la fluctuación de los precios de nuestros productos en los mercados internacionales, pero creo que es llegado ya el momento de que hablemos de los posibles remedios.

La primera medida que se ocurre como resultado del tesonero estudio anterior es el de la planeación y dirección de la economía del país; una dirección que debe cubrir tanto el aspecto agrícola como el industrial, ya que ambos están íntimamente relacionados. Ya hemos visto cómo la agricultura contribuye a la industrialización suministrando al país moneda extranjera, hemos visto también —parece mentira tratándose de la parte más pobre de nuestro país— que la agricultura ha hecho posible parte de la capitalización que después se ha aplicado a la industria. Hay, sin embargo, un aspecto negativo en la influencia de la agricultura sobre la industria: la falta de un poder adquisitivo suficiente por parte de los campesinos. Ya han oído ustedes cómo el ingreso nacional no ha crecido homogéneamente sino que el proveniente de la agricultura es proporcionalmente mucho menor. Esto quiere decir que nuestro mercado interior es raquítico y en tanto que esto sea verdad la industria nacional no tendrá una base sólida.

Por otra parte, México está en condiciones excepcionales favorables para poder planear su economía gracias —lo diré una vez más— a la Revolución. No voy a ocuparme aquí de las posibilidades de planeación en la industria porque no es el caso, sino que me limitaré sólo a las de la agricultura.

Basta comparar nuestra situación con la de otros países para darnos cuenta de la ventaja en que estamos. Estados Unidos, por ejemplo, se topa con grandísimas dificultades para planear, para dirigir y aun para sugerir, la política que deben seguir sus agricultores. En ocasiones se ven forzados a usar, para descorazonar determinados cultivos, de procedimientos tan desperdiciosos como aquel que consiste en pagarles a los agricultores porque destruyan sus plantíos de algodón ya en pie. Brasil, para tomar otro ejemplo, en alguna ocasión hubo de quemar miles de toneladas de café a fin de mantener el precio de este grano.

México no necesita utilizar tales procedimientos. Como hemos escuchado, más del 50% de la tierra —52.2 millones de hectáreas de todas clases— ha sido va repartida. Contamos con unos 18,000 ejidos que están técnica y económicamente subordinados a las instituciones gubernamentales creadas al efecto. Los ejidatarios tienen que sembrar lo que se les dice, cuando se les dice, y como se les dice. Una buena previsión sobre los mercados extranjeros y sobre las probables necesidades nacionales, serviría para escoger los mejores cultivos. No hay límite a los consejos técnicos que pudieran suministrarse. El crédito suficiente y oportuno, los fertilizantes, los insecticidas, todo lo reciben en una forma o en otra del gobierno. No sólo se les puede guiar, sino que estamos obligados a hacerlo.

La situación de los pequeños propietarios no es muy distinta. Ellos, poseedores de unos siete millones y medio de hectáreas de las mejores tierras, reciben también en gran medida el crédito a través de los bancos agrícolas oficiales. Tampoco es difícil que el gobierno los guíe eficazmente.

Por lo que hace a las obras públicas, una planeación general y un aprovechamiento integral de lo ya realizado es también indispensable. Pocas cosas más desperdiciosas y más graves que dejar las obras inconclusas como acontece en algunos distritos de riego. Para ilustrar este punto permítaseme mencionar un ejemplo que aunque en sí mismo no es importante por su cuantía, sí lo es por su significación simbólica. En el año de 1951, durante el régimen presidencial del licenciado Alemán se concibió un pequeño proyecto para el aprovechamiento de las aguas del río Papagayo que salen cerca de Acapulco sin beneficio alguno. La presa se concluyó en 1952, junto con las compuertas. Era un proyecto bien estudiado, de múltiples propósitos. Serviría para el riego de unas 4,000 hectáreas, modificaría el nivel de las aguas de la laguna de Tres Palos con lo que acabaría con la plaga de mosquitos en eficaz lucha contra la malaria, se aumentaría el caudal de agua potable para la ciudad de Acapulco, se añadiría un lugar maravilloso al turismo con el aprovechamiento de la laguna para ese fin. Pues bien, durante 13 años la presa ha permanecido inútil; las aguas del río siguen inoficiosas, ninguno de sus propósitos se ha cumplido. En un país pobre como el nuestro, un malbaratamiento como éste es imperdonable. No conozco las razones que haya habido para que esto haya sido así, pero mucho me temo que estén más relacionadas con “la política” y con el deseo de “ningunear” la obra ajena que de realizar brillantemente la propia.

Creo que la dirección política del país en su aspecto económico habrá de centrarse en la idea de la transformación del ejido hasta hacerlo comercialmente costeable y en la mejoría de la técnica agrícola de ejidatarios y pequeños propietarios para que aumente la producción en su propio beneficio. Pero no quiero terminar sin dejar claramente expresado un punto porque temo que pueda mal interpretarse. Los defectos que tiene nuestra Reforma Agraria, algunos de los cuales hemos mencionado, los obstáculos de distintas naturalezas que se oponen a su cabal realización, no dan a nadie derecho para hablar de que haya fracasado, ni suministran una base adecuada para sugerir que México debe apartarse de ella para volver a un régimen de propiedad privada como el que existía antes y como el que aún existe en otros países al sur de nosotros. Por el contrario, es el momento de insistir en que el camino marcado por la Revolución es el adecuado, el que indica que la tierra es de quien la trabaja, el que fija los límites y respeta la pequeña propiedad, el que se complementa con obras gubernamentales como las descritas. Esta política ha permitido el notable mejoramiento descrito por el doctor Flores, ha hecho posible la industrialización del país, ha liberado a muchos de nuestros campesinos, ha dado estabilidad política y económica a nuestra patria. Repitémoslo, repitémoslo para que lo oiga nuestra juventud que está en peligro de desorientación y ansiosa de mejoramiento. Jóvenes de México, no tienen ustedes que buscar en otras revoluciones la salvación de nuestra patria.